
Mariano Rodríguez González

Más allá del rebaño. Nietzsche, filósofo de la mente

(Madrid, Avarigani Editores, 2018)

Por Óscar Quejido Alonso

Mariano Rodríguez retoma en su nuevo libro el tema de la relevancia del pensamiento de Nietzsche en el marco de la Filosofía de la mente. Sin embargo, en esta ocasión lo hace de una manera mucho más centrada en los textos nietzscheanos que en su anterior libro¹, centrado en la posible integración de la propuesta nietzscheana en la historia de la filosofía de la mente. Rodríguez sostiene, por tanto, que es posible tomarse en serio a Nietzsche respecto a estas cuestiones, aunque será preciso para ello llevar algo de «claridad al enmarañado laberinto de los textos nietzscheanos» (p. 21), esclareciendo su filosofía sobre el alma y el cuerpo. En este sentido, y a falta de una ciencia cognitiva en época de Nietzsche, el punto de partida serán las abundantes lecturas que éste llevará a cabo sobre la

ciencia de su época. El embriólogo W. Roux o el biólogo W. Rolph, además de R. Boscovich o F. Lange, conformarían el suelo intelectual de la noción de voluntad de poder, que, a su vez, será el núcleo fundamental de la psicología nietzscheana y de su resignificación de la noción de alma.

Si bien el desacuerdo básico lo mantendrá Nietzsche con Platón, será en Descartes donde localizará la presentación *moderna* de la cuestión. El proyecto epistemológico moderno se desarrollará a partir del planteamiento del pensador francés, para quien «yo existo» en la misma medida en que «yo pienso mis pensamientos», de manera que introspección, claridad interior y certeza, irán de la mano en el proceso de conocimiento de uno mismo. Una especie de «punto cero» del cono-

cimiento representacional, en el que el acceso primero a los estados mentales propios no se produce en los términos de ideas-representaciones. Para Nietzsche, por el contrario, no habrá hechos de conciencia en este sentido fuerte, originario, inmediato del término, por lo que la introspección no podrá ser tenida por una forma de conocimiento. Esto será fundamental en dos puntos esenciales de nuestra experiencia de nosotros mismos; ni actuamos por medio de nuestra voluntad como una forma de autodeterminación ni tampoco nos experimentamos como *agentes* plenos. Es decir, Nietzsche cuestiona el carácter primero, originario, de los contenidos de conciencia más elementales de nuestra experiencia más básica: tanto el «yo quiero» como el «yo hago». Estas dos creencias serán básicas para la vida en tanto que supervivencia, pero que no por necesarias dejarán de ser falsas. Lo mismo sucede con la causalidad entre pensamientos, ya que esta no puede ser contrastada, nunca tenemos certeza absoluta de ésta, por lo que quedaría cuestionado todo el edificio de la lógica.

Como para Descartes —apunta Rodríguez—, a juicio de Nietzsche todo se re-

duce a una cuestión de *método*. Una vez resignificada el alma, en su dimensión filosófica y antropológica, solo queda seguir —como estrategia metodológica— «el hilo conductor del cuerpo»: lo único que hay son estados corporales. Un cuerpo que, en realidad, es mucho más enigmático, profundo y rico que la mente. La riqueza del cuerpo nietzscheano tendrá que ver con la pluralidad y la complejidad de «sistemas en interacción recíproca [...] dotados de una cierta, indiscutible unidad. Esto significa reconocer en la corporalidad un orden superior de coordinación, propio de “aquella inteligencia [que es] más elevada y amplia” que la propia del yo consciente» (p. 49). De esta manera, Nietzsche nos propone comprender lo mental a partir del cuerpo, es decir, «comprender nuestros querer, sentir y pensar desde la matriz de inteligibilidad que nos proporcionan, para empezar por ellas, las funciones animales orgánicas» (p. 50). Seguir siempre el hilo conductor del cuerpo, será lo que, como apunta Rodríguez, nos propondrá el actual desarrollo de la *embodied mind*, para el que el cuerpo es también la fuente primera de sentido. «Esta decisión metodológica de investigar filosóficamente los

territorios de la psicología, la política, la estética, siguiendo en cualquier caso “el hilo conductor del cuerpo” se seguiría naturalmente de la fuerte tesis “ontológica” fundamental de Nietzsche según la cual “Solo hay estados CORPORALES: los estados mentales son sus consecuencias y símbolos”» (p. 51).

Ahora bien, ¿cómo entender la unidad del organismo, de la persona siguiendo los nuevos parámetros de la corporalidad, y dejando atrás el atomismo del alma? «El cuerpo humano acontece o es “uno”, pero solo como unidad de sentido, y ese sentido unitario del acontecimiento resulta ser la dominación de una colectividad, o, como lo dice literalmente el propio Nietzsche, “una colectividad dominada”» (p. 58).

Llegados a este punto, Rodríguez aborda tres formas de los estados mentales, siempre siguiendo el hilo conductor del cuerpo. Es muy notable el esfuerzo que ha hecho el autor, para recopilar y organizar gran cantidad de textos, entre ellos muchas anotaciones en los cuadernos de trabajo, en los que Nietzsche va conformando su noción de la voluntad, de la sensación y del pensamiento.

Desde mediados de los años ochenta a

Nietzsche le interesa poner en juego una noción alternativa a la de *voluntad* en tanto que facultad, en tanto que causa de la acción, superando de esta manera la concepción metafísica de ésta. La noción nietzscheana de voluntad será presentada como una dinámica pulsional, ligando fuerza y afecto bajo la lógica del mandar y el obedecer. Con ella, Nietzsche problematizará la noción tradicional de voluntad, en tanto que facultad o potencia psicológica, y con ella, a su vez, se cuestionan los planteamientos clásicos la de acción y, por tanto, de la libertad, pero en los polémicos términos, como explica Rodríguez, de que «simplemente no hay voluntad ninguna, ni libre ni no libre» (p. 70). Es en este importante momento en el que se insertaría precisamente el tema de la valoración o de la estimación de valor, como forma nietzscheana de expresión de la voluntad y del ser.

Sin embargo, la renuncia a la libertad tradicional —como sucede con la voluntad— no significa que Nietzsche no plantee una alternativa, ya que en su caso encontramos la noción de la voluntad entendida como «afecto de mando». Es en este punto, en el que el libro de Rodríguez señala el punto de inflexión

de la filosofía nietzscheana: «El caso es que voluntad y causalidad solo se podrán afirmar como reales, y no ya como simples prejuicios sin fundamento, con la condición de enfocar ambas a partir de la filosofía definitiva de la voluntad de poder» (p. 79). De esta manera, se va perfilando que toda la filosofía de lo mental en Nietzsche se desarrolla como una filosofía de la acción: el querer no es más que un complejo de todos los demás procesos mentales básicos, es decir, del sentir y del pensar.

Sentir: «el sentir sería un “medio de realización” del *proceso de alimentación* que es común, y que por lo tanto une o liga, a una multiplicidad de fuerzas» (p. 92). Nuevamente son los momentos de resistencia, organización y evaluación los que darán sentido o inteligibilidad, al sentir. De lo que se trata con las sensaciones, siguiendo el modelo de la nutrición, es de asimilar, de apropiarse o de incorporar, por tanto, de interpretar; es una fuerza activa, nuevamente, una fuerza configuradora, que al acoger al estímulo, ya lo modifica en una determinada dirección o perspectiva.

Ahora bien, ¿qué significa pensar para Nietzsche? Para responder a esta pregun-

ta es necesario partir, a juicio de Rodríguez, de la distinción entre pensamiento consciente e inconsciente. Se recogen en este momento dos conclusiones avanzadas anteriormente: en primer lugar, «con pensamientos conscientes no podemos conocer la realidad como tal sino como mucho indicarla o señalarla»; la segunda —más interesante—, el carácter epifenoménico del pensamiento consciente, es decir, «los pensamientos conscientes no van a poder producir movimiento alguno por lo menos *directamente*» (p. 109). Sin embargo, se trata de un epifenomenismo que de manera ambigua y, podríamos decir, escéptica («puede que sí, puede que no») el propio Nietzsche va a cuestionar: «De la problemática efectividad del pensar consciente en tanto que consciente, propiamente no se podría hablar, porque no hay pensar consciente aislado del fondo pulsional, desconectado, exento» (p. 111), señala Rodríguez. Un fondo pulsional que supone, tal y como se señala a lo largo del libro, lo que la actual psicología denomina «inconsciente cognitivo». Este es el verdadero pensamiento antes de convertirse en pensamiento conceptual, pensamiento «en bruto» que necesita de interpretación, de

refinamiento, en última instancia, para llegar a ser *un* pensamiento, *este* pensamiento, para no ser confundido con lo que no es, afirma Rodríguez, quien a lo largo de todo el texto contiene cualquier desliz que pueda convertir a Nietzsche en un metafísico.

La segunda parte del libro está dedicada a la noción fundamental de pulsión [*Trieb*], separando el análisis de esta del de la voluntad, que se ha llevado a cabo en la parte primera, en tanto que supuesta facultad de actuar. De entre los muchos lugares en los que en la obra nietzscheana es posible encontrar la cuestión de las pulsiones, Rodríguez presta especial atención a la caracterización dada por Nietzsche, en el aforismo 119 de *Aurora*. De ella se extrae la convicción nietzscheana de que, a pesar del lenguaje figurado con el que nos referimos a las pulsiones, ya que no tenemos un acceso directo a las mismas, sin embargo, el hombre «es», básicamente, sus pulsiones. Dos temas más serán relevantes para dar cuenta de la teoría pulsional de Nietzsche, a partir de este aforismo: en primer lugar, que las pulsiones también seguirían el modelo de la alimentación, por otra, distinguir entre la alimentación real

y la imaginaria. Esto lleva a Rodríguez a afirmar que

Si la filosofía nietzscheana de la mente llega a entender en definitiva las diversas funciones mentales como distintos tipos de actividad básicamente pulsional o impulsiva, eso quiere decir que las va a entender como diferentes modalidades del apoderamiento, de la dominación del estímulo por parte del organismo, a partir del modelo o foco metafórico de la *deglución* y posterior asimilación o incorporación del alimento (p. 150).

Es decir, que la importante noción nietzscheana de la interpretación también debe ser vista desde el hilo conductor del cuerpo, ya que la actividad principal de la pulsión es interpretar, aunque la pulsión no sea en sí misma nada fijo, y solo se constituya en cuanto tal, en su propia actividad.

El problema surge al llevar toda esta teoría pulsional a la dimensión humana. Si, como afirma Rodríguez, «lo más profundo y potente de nuestro ser de animales humanos está formado precisamente por las pulsiones por las que se conserva la comunidad» (p. 154), por el instinto de rebaño, entonces el individuo soberano se convierte en una

anomalía. Hay que precisar bien este juego entre el individuo y *los otros* como condición esencial para la emergencia de cualquier yo, es decir, como condición de posibilidad de la construcción de una persona a partir de la contraposición, ya que no está claro que este *los otros* deba constituirse como un rebaño. Incluso la necesidad de unidad orgánica que antes se señaló, no debe reducirse a una unidad como comunidad. Algo de escepticismo faltaría aquí. Posiblemente, una de las preguntas más acuciantes es la de si es posible establecer criterios para una forma de comunidad a partir de la filosofía de Nietzsche, eludiendo, claro está, la comunidad-rebaño; no hay que subestimar en el juego nietzscheano la absoluta necesidad de estas anomalías, llamadas «individuos soberanos», para la conservación de la especie. Aunque todas estas cuestiones, por otra parte, quizás no deban ser planteadas con profundidad en un libro que aborda la filosofía de la mente nietzscheana.

El hilo conductor del libro de Rodríguez es la interpretación de la voluntad de poder como una noción muy próxima a la de la nutrición, extraída por Nietzsche de sus lecturas fisiológicas:

la nutrición como asimilación o incorporación junto con la expulsión de los restos inutilizables, la consiguiente acumulación de la energía excedente, y el resultado de todo esto, que no sería sino la reproducción o proliferación (p. 165).

La importante distinción inicial entre pulsiones conscientes e inconscientes, conduce la investigación de Rodríguez a determinar que la pulsión, en tanto que estimación de valor consciente, constituye un discriminador del juego pulsional, y lo que podemos denominar razón o intelecto, en tanto que herramienta de las pulsiones surgido del propio juego estimativo de las pulsiones.

El análisis de la corporalidad desemboca en la caracterización nietzscheana de la conciencia, en la última parte del libro. Tomando nuevamente como punto de partida la relación entre lo consciente y lo inconsciente, Rodríguez se centra en el análisis de que dicha relación no se establece por causas naturales; antes al contrario, serán las condiciones culturales y epocales las que las determinarán en cada caso. Más allá de todo esto el planteamiento nietzscheano desemboca, a juicio de Rodríguez, en un especie de pansiquismo por medio de la hipótesis

de que «toda materia está dotada de algún grado de sensación por mínimo que sea» (p. 189). En este punto se detiene el estudio, planteando la propuesta nietzscheana de la mente en los términos de la conciencia fenoménica y de la conciencia intencional, tal y como se expresa en la actual filosofía de la mente, o lo que es lo mismo, el paso de la conciencia cualitativa (*qualia*) a la conciencia con un contenido conceptual. No es el único diálogo que se establecerá en esta parte del libro; el texto está salpicado por comentarios que introducen posiciones contemporáneas de la conciencia, en relación al planteamiento propuesto por Nietzsche, de manera que se explicaría la resignificación de ésta y su posición respecto al inconsciente cognitivo corporal, verdadera «inteligencia» que rige y ordena la vida del organismo, a partir de la consabida idea de la superficialidad de una conciencia simplificadora y esencialmente lingüística. Un paso más allá, del inconsciente humano emerge la tendencia a completar lo que entrecortadamente percibimos, de manera que nuestra aversión al vacío es contrarrestada por una fuerza productiva que, inconscientemente, nos lleva a producir imágenes, bajo la forma

de lo que Nietzsche denomina *poetizar*.

Concluye Rodríguez que el eliminacionismo nietzscheano de la conciencia en tanto que unidad y facultad, una auténtica enfermedad, en palabras del filósofo. Un hueco que, sin embargo, quedaría cubierto por una concepción afectiva y emocional de la conciencia. La decadencia occidental adquiere su forma más extrema bajo una radicalización de la caracterización racionalista, idealista del sujeto y de la condición humana, posible todo ello gracias a la centralidad dada a la conciencia como unidad.

Sin duda se trata de un libro que, por la gran cantidad de temas novedosos que trata, por la minuciosa y organizada selección de los textos nietzscheanos, así como por las vías que apunta, se convertirá en un libro de referencia para los estudios sobre Nietzsche en español.

Notas

¹ Rodríguez González, M., *Nietzsche como última palabra. Estudios de Filosofía de la Mente*, Editorial Académica Española, 2012, 260 p.

